

Europa desde el fin del mundo: el proceso de integración europea bajo el prisma del papa Francisco *

Europe from the ends of the Earth: the European integration process under the vision of pope Francis

LUIS RODRIGO DE CASTRO

Universidad San Pablo CEU

luis.rodrigo1@ceu.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7523-7705>

Recibido: 18.10.2025 Aceptado: 21.12.2025

Cómo citar: Rodrigo de Castro, Luis, “Europa desde el fin del mundo: el proceso de integración europea bajo el prisma del papa Francisco”, *Revista de Estudios Europeos* 87 (2026): 1–28.



Este artículo está sujeto a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](#).

DOI: <https://doi.org/10.24197/8qbx0v09>

Resumen:

A lo largo de sus doce años de pontificado, el papa llegado desde el fin del mundo dejó sentir su voz paternal con la autoridad de no ser solo el guía espiritual de los fieles católicos, sino también un referente moral a escala mundial, dando buena prueba de su inquietud humanista ante los innumerables desafíos de su tiempo.

En relación a Europa, Francisco se pronunció en diversas ocasiones acerca de los retos internos de la Unión Europea y del papel que, a su juicio, podría aún desempeñar esta en la escena global; todo ello desde una comprensión integral de su compleja pluralidad, pero con un optimismo inspirador para la interrelación tanto de los Estados miembros entre sí como de los Veintisiete con el conjunto de la sociedad internacional.

La comprensión de su visión de una Europa unida en pleno siglo XXI es el principal propósito de este trabajo.

Palabras clave:

Unión Europea, Relaciones Internacionales, Papa Francisco, Santa Sede, Identidad.

Abstract:

Throughout his twelve years of pontificate, the pope who came from the end of the world made his paternal voice heard with the authority of being not only the spiritual leader of Catholic believers, but also a moral one on a global sphere, clearly demonstrating his humanistic concern in the face of the countless challenges of his time. Regarding Europe, Francis spoke on several occasions about the internal challenges of the European Union and the role that, in his view, it

could still play in the global sphere; all of that from a comprehensive approach of its complex plurality, but with an inspiring optimism for the interrelation among the member States themselves as well as between the twenty-seven and the international community as a whole. Understanding his vision of a united Europe in the 21st century is the main goal of this paper.

Keywords:

European Union, International Relations, Pope Francis, Holy See, Identity.

*Elaborado al amparo del programa de doctorado en Humanidades para el Mundo Contemporáneo de la Escuela Internacional de Doctorado CEINDO-CEU.

INTRODUCCIÓN

En su prólogo a la obra de George Steiner “La idea de Europa”, Mario Vargas Llosa se interroga acerca de si es posible condensar en solo un puñado de ideas qué es Europa. Aunque la respuesta a esta pregunta resulta ser afirmativa, más allá de la genial visión particular del Premio Nobel de Literatura de 2010 al respecto, Europa no ha dejado nunca de ser un sustantivo infinitamente polisémico en constante evolución.

Desde que los padres fundadores del proyecto de construcción europea formularan, allá por los años cincuenta del siglo pasado, el arquetipo de una comunidad continental supranacional orientada a construir una estrecha unión política entre sus Estados miembros, esta ha sido y continúa siendo una noción tan discutida como discutible, mucho más aún si cabe en los tiempos actuales.

Por su parte, los grandes líderes con mayor proyección sobre el Viejo Continente han planteado su propio esbozo de la fisonomía de Europa en función de su respectiva concepción política, filosófica o, incluso, religiosa. Un debate al que también han contribuido con aportaciones decisivas los sumos pontífices de la Iglesia Católica en su dimensión de “expertos en humanidad”¹ con un alcance moral global.

Desde los albores de la Europa unida, todos los sucesores de San Pedro habían sido europeos de nacimiento², una tendencia que se vio

¹ Véase: Pablo VI, papa. (1965). *Discurso ante la Organización de las Naciones Unidas*. Nueva York, 4 de octubre de 1965. Disponible en: https://www.vatican.va/content/paul-vi/es/speeches/1965/documents/hf_p-vi_spe_19651004_united-nations.html (Fecha de consulta: 5 de mayo de 2025).

² Pío XII, San Juan XXIII, San Pablo VI y el beato Juan Pablo I fueron de origen italiano; San Juan Pablo II de origen polaco y Benedicto XVI de origen alemán.

interrumpida el 13 de marzo de 2013 cuando un hispanoamericano resultó elegido, por primera vez en los dos milenios de historia del papado, como romano pontífice.

Los interrogantes más interesantes que desde el punto de vista académico pueden suscitarse acerca de la noción de unidad europea de un papa llegado emblemáticamente del fin del mundo para regir los destinos del catolicismo podrían resumirse en los siguientes: ¿cuál era la idea de Europa del otrora cardenal Bergoglio de Buenos Aires? ¿Qué perspectiva innovadora pudo ofrecer al Viejo Continente un hombre de fe oriundo del Nuevo Mundo y del sur global? Y, aun insertándose en la continuidad magisterial de sus antecesores, ¿qué propuestas originales cabría atribuirle a título personal?

En este sentido, son cinco las alocuciones que en concreto recogen la esencia del mensaje y del pensamiento de Francisco sobre el proceso de construcción europea: sus sendos discursos al Parlamento Europeo y al Consejo de Europa pronunciados en Estrasburgo el 25 de noviembre de 2014; su discurso a los líderes de las instituciones de la Unión y de sus Estados miembros al recibir el 6 de mayo de 2016 en Roma el Premio Carlomagno de ese año; su discurso a los jefes de Estado y de gobierno presentes también en la capital italiana el 24 de marzo de 2017 para conmemorar el sexagésimo aniversario de la firma de los Tratados de Roma y, en menor medida, sus palabras a las autoridades y a la sociedad civil belgas en el castillo de Laeken el 27 de septiembre de 2024 en el transcurso de su viaje apostólico a Luxemburgo y Bélgica.

A la luz de cada uno de ellos, nos será posible ofrecer una síntesis del pensamiento bergogliano sobre la idea de unión continental propiamente dicha; de su diagnóstico acerca de los desafíos, de los retos y de las crisis que ha enfrentado Europa en estos años, así como de las terapias sanadoras que, a su juicio, la permitirían sobreponerse a ellas y, simultáneamente, lograr salir todavía más fortalecida.

Para ello, partiendo de una contextualización histórica del pontificado de Francisco, este trabajo se estructura en torno a cuatro epígrafes condensadores de las grandes cuestiones abordadas por el pontífice argentino en esas cinco ocasiones mencionadas: 1) la vocación humanista

de Europa; 2) su implicación social; 3) su trasfondo economicista, y 4) su posición en la comunidad internacional. Finalmente, se ofrecerán las correspondientes conclusiones, pero previamente se esbozará una síntesis, a modo de decálogo, con las ideas fuerza expresadas por el papa en relación a su particular visión de Europa.

1. EL VIEJO CONTINENTE ANTE LA LLEGADA DE FRANCISCO

La Europa que presenció en 2013 el ascenso del cardenal Bergoglio al solio pontificio no era ya aquella Europa, coetánea de Pío XII, de Juan XXIII, de Pablo VI o de Juan Pablo I ni tampoco la de la primera mitad del pontificado de Juan Pablo II, condenada a coexistir contra su voluntad con la pesada losa impuesta de una división antagónica en dos bloques contrapuestos a la que se había visto abocada tras la Segunda Guerra Mundial y que le impedía, como expresó significativamente el papa polaco en su alocución ante el pleno del Parlamento Europeo el 11 de octubre de 1988, respirar con sus dos pulmones.

Tampoco se trataba ya de aquella Europa de transformaciones políticas vertiginosas, de mutaciones institucionales o de profundización en los ámbitos competenciales que se sucedieron a lo largo de los veintisiete años de pontificado de Wojtyła, quien, por cierto, vivió lo suficiente como para asistir a la ansiada gran ampliación, materializada el 1 de mayo de 2004, que no solo integró en el club comunitario a su tierra natal, Polonia, y al antiguo este europeo satelizado por Moscú, sino que supuso la firma definitiva del acta de defunción de las dos Europas.

Ni siquiera era aquella la Europa que le había dado la espalda a su propia esencia y a su propio ser al negarse a incluir una referencia a sus raíces cristianas en el Tratado por el que se Establece una Constitución para Europa y en las que tanto habían insistido Juan Pablo II y Benedicto XVI.

En este nuevo periodo de la historia de la Santa Sede, el papa que había sido llamado desde los confines de la tierra a ejercer su ministerio como obispo de Roma se encontraba una Europa afianzada como proyecto político, reconciliada consigo misma y con su pasado, defensora de intensificar lazos comerciales con el resto del mundo, paladina del multilateralismo en las relaciones internacionales, escéptica ante las

tendencias autocráticas o aislacionistas de otras latitudes y orgullosamente recién galardonada con el Premio Nobel de la Paz en 2012 por su contribución al avance de la paz, de la reconciliación, de la democracia y de los derechos humanos a lo largo de sus seis décadas de providencial existencia.

Por otra parte, esta también era una Europa sumida en una profunda confusión que podríamos adjetivar casi como de “existencial”; impactada por los estragos de una crisis económica y de deuda que llegó a situarla peligrosamente al borde de ver implosionar una de sus grandes apuestas, la moneda única, a causa de los movimientos especulativos y de la dificultad de buena parte de sus Estados miembros para obtener financiación en los mercados internacionales; con tensiones entre un norte fiscalmente disciplinado y un sur abocado a acometer fuertes e impopulares recortes presupuestarios que reclamaba a cambio una mayor flexibilidad contable; atónita ante el auge no solo de la contestación social, sino también del populismo a la izquierda y a la derecha del espectro político y asediada por los flujos migratorios en su frontera mediterránea.

Nada hacía presagiar que, además, en un plazo de tiempo relativamente breve debería de afrontar dos nuevos embates adicionales de un calibre tal como nunca antes hubiera podido imaginar y para los cuales parecía no estar preparada en absoluto: la salida de uno de sus Estados miembros, el Reino Unido, y una pandemia de amplio alcance mundial.

Pese a todo ello, Europa, como siempre ha hecho, supo redescubrir su unidad en los peores momentos, sobreponerse a las crisis y encontrar los medios idóneos para salir más reforzada y cohesionada. Así, se constató no solo durante las conversaciones con el gobierno de Londres para la materialización del *Brexit*, en el transcurso de las cuales el bloque europeo negoció de forma monolítica cerrando filas ante un futuro incierto, sino también con la adopción de medidas de ayuda y de unos planes económicos de estímulo conjuntos con los que hacer frente a los estragos de la crisis sanitaria del COVID-19 y que, hasta ese momento, no habían conseguido despertar la aceptación unánime de los Veintisiete.

Esta fue la compleja Europa a la que Francisco se dirigió de tú a tú, a la que elogió en sus luces y en su vocación de santidad, aunque también a

la que señaló sus sombras y sus pecados con el noble fin de poder ofrecerle aliento ante la adversidad y de reclamarle, en igual medida, parte de su responsabilidad internacional cuando fue preciso.

2. EUROPA COMO PROYECTO DE PAZ, ESPIRITUAL Y HUMANISTA

Para Francisco, quien se definió a sí mismo como “un hijo que encuentra en la madre Europa sus raíces de vida y de fe”³, Europa era ante todo “una familia de pueblos”⁴ herederos de un fecundo y rico encuentro entre las distintas culturas y civilizaciones que, a lo largo de diferentes épocas, han ido encontrándose y retroalimentándose recíprocamente en este espacio geográfico tan singular.

Ser europeo significaría, ante todo, ser custodio de un vasto legado cultural y patrimonial forjado durante más de dos mil años de historia, un tesoro inmaterial que asienta sus cimientos sobre tres esquemas definitorios, a modo de “alma, cuerpo y espíritu”⁵, respectivamente, y que, junto con otras contribuciones complementarias (como la celta, la germana o la eslava), han modelado el Continente hasta nuestros días. Estos no son otros que los recibidos desde lo más alto de las “tres colinas” a las que aludía Theodor Heuss: la filosofía griega (Acrópolis), el derecho romano (Capitolio) y la ética y la cosmovisión cristianas (Gólgota).

Sin embargo, a pesar de estar íntimamente ligados por unos vínculos tan profundos, los pueblos de Europa no pudieron evitar sucumbir, en determinados momentos, ante los cantos de sirena de los nacionalismos más antitéticos y exacerbados, llegando al extremo de embarcarse en una hostil competencia por la maximización de espacios de poder con los que, en vano y despojados de todo gen de fraternidad, terminaron por

³ Francisco, papa. (2016b). *Discurso del santo padre durante la entrega del Premio Carlomagno*. Ciudad del Vaticano, 6 de mayo de 2016. Disponible en: https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/may/documents/papa-francesco_20160506_premio-carlo-magno.html (Fecha de consulta: 12 de abril de 2025).

⁴ Francisco, papa. (2014a). *Discurso del santo padre Francisco al Parlamento Europeo*. Estrasburgo, 25 de noviembre de 2014. Disponible en: https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2014/november/documents/papa-francesco_20141125_strasburgo-parlamento-europeo.html (Fecha de consulta: 12 de abril de 2025).

⁵ 1 Tesalonicenses 5:23.

ambicionar la mera y cruel consolidación de grandezas nacionales carentes de cualquier resquicio de moralidad. Con ello, la Europa de Platón, de Ulpiano y de San Agustín fue arrastrada a un profundo letargo de destrucción, de degradación y de aniquilación, tanto material como humana, de sus semejantes.

No obstante, al igual que los rayos de luz acaban por abrirse paso tras la tormenta más oscura, “las cenizas de los escombros no pudieron extinguir la esperanza y la búsqueda del otro, que ardían en el corazón de los padres fundadores del proyecto europeo”⁶, hombres que, como “mensajeros de la paz y profetas del futuro”⁷, imbuidos de una robusta fe católica y conscientes de su misión cuasi providencial de preservar la paz a toda costa para evitar que las generaciones venideras pudieran ser nuevamente testigos de un conflicto europeo a gran escala, tuvieron la osadía de atreverse a ingeniar una solución sin precedentes que acabó alumbrando el periodo de mayor prosperidad y estabilidad que haya podido experimentar jamás el Viejo Continente en toda su historia.

La altura de miras de los padres fundadores y la audacia por adentrarse en un terreno inexplorado de cooperación política y humana, abriendo nuevos espacios para la esperanza, les han consagrado en lo político como mentes ilustradas de gran clarividencia y como hombres de gran virtuosismo, aunque no es todo. Desde una perspectiva religiosa, la Iglesia Católica ha reconocido también a algunos de ellos como ejemplos a seguir. Prueba de ello es que, durante el pontificado de Francisco, además de los elogios particulares del pontífice, Robert Schuman haya sido oficialmente declarado “Venerable” y Alcide De Gasperi “Siervo de Dios” en el transcurso de sus respectivas causas de beatificación que actualmente se encuentran abiertas.

Es precisamente la vocación humanista lo que motivó que el eje pivotante de este proyecto político en ciernes no fuera otro que el individuo en sí mismo. Sobre él y sus derechos debía construirse la nueva Europa tras la segunda hecatombe mundial. Una concepción del individuo que, conforme al legado de los padres fundadores, no debía circunscribirse solo a su vertiente como sujeto político o económico, sino enraizarse con una

⁶ Francisco, papa. (2016b). *Op. cit.*

⁷ *Ibid.*

perspectiva más amplia de persona revestida de una “dignidad trascendente”, conforme fue descrita por el papa Francisco en su alocución al Parlamento Europeo en 2014. En consecuencia, dignidad y trascendencia resultaban ser para este pontífice las dos caras de la misma moneda.

Por una parte, la dignidad del individuo, en tanto en cuanto creatura divina, hijo de Dios según las enseñanzas de la doctrina cristiana, nos remite, en último término, a la inviolabilidad y a la sacralidad de toda persona humana por encima de las modas o de los furores del momento. Precisamente, porque todo individuo es precioso, único e irrepetible, se ve investido de unos derechos que le son inalienables y de los cuales no puede ser privado bajo ninguna circunstancia. Aunque no se ha visto libre de violaciones ni de discriminaciones en el pasado, esta noción de persona surgida en el occidente cristiano no deja por ello de ser *per se* intrínseca a la conciencia europea actual.

El afán de la Unión Europea por la protección de la dignidad humana, tanto en el plano interior (representada por las instituciones que le son propias) como en el exterior (en íntima conexión con el modo de interrelacionarse con otros actores de la comunidad internacional), mereció siempre el reconocimiento y la admiración personal del papa argentino, máxime cuando en diferentes latitudes persisten todavía situaciones que reducen al individuo a una mera concepción utilitarista.

De igual manera, a su juicio, la defensa de los derechos humanos, de la cual Europa ha sido adalid desde sus inicios, parte de la premisa básica de que cada individuo no actúa como una mónada leibniziana aislada en la soledad e inmensidad del universo, sino como el animal político (*πολιτικὸν ζῷον*) propuesto por el modelo aristotélico y que Francisco, por su parte, denominó como “ser relacional”⁸.

Es esta tendencia natural a la interacción con el prójimo la que nos indicaría que el ejercicio de los derechos fundamentales de cada ser humano no acarrea una desligazón respecto de su responsabilidad hacia la colectividad en la que se inserta, al contrario, se ve complementado con un catálogo de deberes en tanto en cuanto se halla vinculado a un contexto

⁸ Francisco, papa. (2014a). *Op. cit.*

social y antropológico concreto e interconectado a sus semejantes, todos ellos igualmente dotados de la misma consideración.

En este aspecto, el peligro que acecharía a las sociedades europeas actuales, según denunciaba el papa, vendría de la mano de una tendencia a priorizar una absolutización de los derechos individualistas, más que individuales, por encima de cualquier otra categorización, lo cual no sería más que una distorsión, un mal uso y una interpretación completamente errónea de los mismos.

Por otro lado, la apertura a la dimensión trascendente de la vida, a la que de manera innata tienden los seres humanos, permitiría redescubrir los valores por excelencia del proyecto europeo, los cuales, aunque se intente en ciertos momentos negar la mayor, se encuentran íntimamente ligados a las enseñanzas bíblicas más elementales: la solidaridad cívica (a partir del amor al prójimo), la paz social (como ausencia de pugnas estériles entre hermanos), la subsidiaridad política (como participación del pueblo fiel de Dios en las decisiones que le atañen) y la dignidad humana (como característica propia de quien es hijo del Sumo Hacedor).

Afirmar la centralidad de estos valores evangélicos suponía para el pontífice un enriquecimiento irrenunciable, tanto para los Estados miembros como para la propia Unión Europea, algo que, en absoluto, constituiría una amenaza al carácter aconfesional de las organizaciones políticas modernas ni un ataque a la autonomía de las instituciones comunitarias.

La defensa de esta perspectiva trascendente de Europa y para Europa significaría, en consecuencia, tener la oportunidad de dotarla nuevamente de su propia conciencia o, si se quiere, de un profundo *ethos* moral y humanista que podrá, ahora sí, inmunizarla preventivamente contra los radicalismos contemporáneos que la acechan.

Si, como enseñaba el papa San Juan Pablo II, “la fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad”⁹, en Francisco la dimensión social y la

⁹ Juan Pablo II, papa. (1998b). *Carta encíclica “Fides et Ratio”*. Roma, 14 de septiembre de 1998. Disponible en:

dimensión religiosa constituyen el kit básico de supervivencia con el que Europa podría iluminarse, sostenerse e, incluso, purificarse ante cualquier forma de extremismo¹⁰.

Volviendo a la idea propuesta anteriormente de la Unión Europea como una familia de pueblos, que encuentra un reflejo significativo en su lema “unidad en la diversidad”, cabe mencionar la denuncia expresada por Francisco contra las tendencias uniformizadoras y uniformizantes con las cuales se persigue imponer una universalización de lo particular e introducir, sin dudar lo más mínimo, cambios extremos en la propia idiosincrasia de los Estados miembros, hecho que él consideraba como un craso error¹¹. En su lugar, el papa se mostró siempre más partidario de apostar por una convergencia poliédrica en el seno de la Unión Europea en la que cada una de las partes, conservando y valorizando las particularidades que le son propias, pudiera continuar siendo ella misma en todo su ser, aunque poniendo toda esa riqueza particular que le es inherente al noble servicio de procurar el bien común.

Asimismo, la recuperación de la centralidad de la persona humana, digna y con esa vocación a la trascendencia a la que estaría llamada Europa en la visión bergogliana, sería también el mejor revulsivo ante el envejecimiento y la pérdida de vitalidad de un Continente víctima del utilitarismo y de la autorreferencialidad, muy particularmente porque la esencia de Europa, su alma, no se articularía en torno a su pasado, sino en torno a su capacidad para proyectarse hacia el futuro, sin olvidar de dónde proviene y por qué existe. Este propósito exigiría realizar urgentemente una “transfusión de memoria [...], tomar un poco de distancia del presente para escuchar la voz de nuestros antepasados”¹². El objetivo último de este

https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_14091998_fides-et-ratio.html (Fecha de consulta: 13 de abril de 2025).

¹⁰ Francisco, papa. (2014b). *Discurso del santo padre al Consejo de Europa*. Estrasburgo, 25 de noviembre de 2014. Disponible en:

https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2014/november/documents/papa-francesco_20141125_strasburgo-consiglio-europa.html (Fecha de consulta: 13 de abril de 2025).

¹¹ Francisco, papa. (2023). *Entrevista de Jorge Fontevicchia al papa Francisco con ocasión de sus diez años de pontificado*. Diario Perfil. Disponible en:

<https://www.perfil.com/noticias/actualidad/fontevicchia-con-el-papa-un-dialogo-imperdible-en-capitulos.phtml>

¹² Francisco, papa. (2016b). *Op. cit.*

ejercicio no sería otro que el de ser capaces de integrar el compromiso ético, la espiritualidad y la esperanza en una nueva síntesis humanista llamada a ser un motor activo y potente de transformación social en lugar de un valioso patrimonio museístico.

En breve síntesis, la propuesta de Francisco para que Europa recobrase su fecundidad humanista se sustentaba, por tanto, en la pérdida del miedo a proponer un diálogo sincero con y sobre el alma, sus verdades inherentes, sus valores y la consecución del bien común como objetivo final al que tiende o, en su defecto, habría de tender cualquier colectividad humana.

Este camino, lejos de percibirse como una construcción idealista destinada a caer en saco roto ante la indiferencia generalizada, aparecería en el horizonte como una exigencia histórica de nuestro tiempo a la cual todos nosotros estaríamos llamados y con la que seríamos capaces de afrontar, en mejor grado, los desafíos actuales que plantean la globalización de la indiferencia, la deshumanización, la cultura del descarte y el nihilismo.

3. EUROPA COMO ESPACIO DE FRATERNIDAD Y DE ACOGIDA

A lo largo de sus doce años como papa, Francisco elogió el proyecto de construcción europea como un baluarte, ante todo, de paz, de reconciliación y de encuentro mutuo entre los pueblos del Viejo Continente tras los vestigios del dolor, la barbarie, la destrucción y la negación de la dignidad humana experimentados durante las dos guerras mundiales. Las iniciativas dirigidas a generar nuevos procesos de convergencia y la inquietud por llevarlos a buen puerto emergieron como la clave de bóveda de la convicción de caminar juntos y adentrarse de la mano por la senda de la paz compartida.

Paradójicamente, esta ausencia de conflictos bélicos internos, que la existencia de la Unión garantiza, no vino determinada por imposiciones externas tras la contienda de los años cuarenta del siglo pasado, sino avalada por la libre elección de los Estados fundadores de procurar el bien común a los europeos mediante realizaciones concretas generadoras de

“una solidaridad de hecho”¹³. Este espíritu de servicio mutuo hacia el otro, que ya no era “un enemigo que combatir, sino un hermano a quien acoger”¹⁴, exigía para Francisco una vigilancia constante ante los particularismos y ante los egoísmos nacionalistas más extremos.

En este lapso de tiempo transcurrido desde los primeros tiempos, Bergoglio veía que se habría producido una disminución gradual tanto en la centralidad como en el vigor de la dimensión social en el debate político tan presente en los inicios de las entonces Comunidad Económica del Carbón y del Acero, de la EURATOM y de la Comunidad Económica Europea. Conforme Europa se habría ido construyendo y unificando desde aquella idea primigenia hasta la Unión adentrada en pleno siglo XXI que es hoy, las tendencias individualistas, fruto de una afirmación subjetiva de los derechos, habrían ido permeando paulatinamente en las sociedades continentales, diluyendo su intrínseco valor universal, hasta conseguir opacarlas. Esta anestesia de las conciencias habría sumido a los ciudadanos europeos en lo que el papa denominaba como una “globalización de la indiferencia” que imposibilita ver más allá del propio ego, empobreciéndonos como sociedad y tornándonos culturalmente estériles. En otras palabras, el culto a la opulencia, al materialismo y a la autorreferencialidad habrían mermado la vitalidad y la energía que Europa derrochaba en sus albores y minado su vocación a la fraternidad.

Simultáneamente a la abolición de las fronteras interiores, a la consolidación del Espacio Europeo de Libertad, Seguridad y Justicia y a la profundización en la colaboración entre los Estados miembros en áreas que resultaban inimaginables en décadas pasadas, el pontífice observaba también un proceso de repliegue de Europa hasta convertirse en una suerte de fortaleza frente al resto del mundo.

La existencia de fronteras, entendidas como mecanismos de control ante elementos externos perturbadores que tratan de desestabilizar una determinada colectividad política, sería algo totalmente legítimo y en plena sintonía con los postulados de Francisco. Sin embargo, según él, la

¹³ Schuman, Robert. (1950). *Declaración Schuman*. París, 9 de mayo de 1950. Disponible en:

<https://european-union.europa.eu/principles-countries-history/history-eu/1945-59/schuman-declaration-may-1950-es> (Fecha de consulta: 14 de abril de 2025).

¹⁴ Francisco, papa. (2014b). *Op. cit.*

crítica aparecería cuando ese anhelo por la seguridad, elevado a su máximo exponente, acaba por descartar, ya sea por la vía de la indiferencia o del rechazo social, a cuantos huyen de la pobreza, de la guerra o de cualquier otra situación de necesidad.

Ante la crisis de los migrantes que afrontaba Europa cuando le fue concedido el Premio Carlomagno en 2016, el pontífice interpeló en su discurso al Viejo Continente de una manera rotunda: “¿Qué te ha ocurrido Europa, madre de pueblos y naciones, madre de grandes hombres y mujeres que fueron capaces de defender y dar la vida por la dignidad de sus hermanos?”¹⁵. Una pregunta cuya respuesta, nuevamente, habría que encontrarla en esa anestesia de las conciencias que ocasiona el materialismo acomodaticio del propio bienestar.

Según cifras oficiales de la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), durante el año 2015 casi un millón de personas (entre refugiados y migrantes) habrían alcanzado las costas europeas en el Mediterráneo y, de todos ellos, más de las tres cuartas partes lo habrían hecho huyendo de los conflictos violentos que azotaban Siria, Irak o Afganistán¹⁶.

En la retina de cuantos presenciaron este desafío sin precedentes a las capacidades materiales de la Unión Europea aún pervive la dramática imagen de cuerpos sin vida varados en las costas europeas mientras desde algunos Estados miembros se adoptaban decisiones políticas hostiles contrarias al rescate en alta mar. Esta situación sobrecogió e indignó sobremanera a Francisco, hijo y nieto de migrantes, hasta el punto de llegar a calificar al *Mare Nostrum* como “un gran cementerio”¹⁷ y reclamar que la gestión al problema migratorio no se realizara simplemente atendiendo sobre el papel a los fríos números, a criterios puramente económicos o a

¹⁵ Francisco, papa. (2016b). *Op. cit.*

¹⁶ ACNUR. (2015). *Un millón de refugiados e inmigrantes huye hacia Europa en 2015*. Comunicado de prensa. 22 de diciembre de 2015. Disponible en: <https://www.acnur.org/es-es/noticias/comunicados-de-prensa/un-millon-de-refugiados-e-inmigrantes-huye-hacia-europa-en-2015> (Fecha de consulta: 14 de abril de 2025).

¹⁷ Francisco, papa. (2014a). *Op. cit.*

otros basados en un razonamiento securitista, sino a hacerlo en base a una justificación humana, humanista y humanitaria.

En cualquier caso, la pregunta anterior no se circunscribiría solo a aquel momento coyuntural, más bien al contrario, estaría íntimamente conectada con la pérdida de los ideales primigenios y con un cierto miedo cultural de una Europa anciana, atemorizada y retraída que, a su juicio, ya no sería capaz de ser una madre fecunda, receptiva y esperanzadora.

Para comprender el calado y el tono concreto del llamamiento del papa a la acogida de quienes llegaban al Viejo Continente en busca de ayuda y de condiciones vitales mínimas para su desarrollo personal en paz, es preciso poner el foco de atención en las palabras dirigidas por Francisco, principalmente, en sendos encuentros con migrantes en dos islas que se vieron desbordadas ante la carencia de medios suficientes con los que poder afrontar este drama: el primero, en Lampedusa el 8 de julio de 2013 y, el segundo, en Lesbos el 16 de abril de 2016. En ambos, la solidaridad hacia el necesitado fue, desde una perspectiva pastoral, humanitaria y profética, la principal idea fuerza con la que intentó remover las conciencias de los gobiernos europeos. En este sentido, coincidiendo con el tema central del jubileo del año santo extraordinario de 2016, reclamó la conversión misericordiosa de Europa, tomando como referencia el ejemplo de aquel buen samaritano que, conforme narra el Evangelio según San Lucas¹⁸, no dudó un ápice en interrumpir la prosecución de su camino para socorrer a un hermano que precisaba de su asistencia y de su auxilio.

Es por ello por lo que Francisco reprobó la pasividad de los Estados miembros ante la indiferencia y la práctica de la lógica del descarte, reclamando, tanto de la Unión Europea como del conjunto de la comunidad internacional, una respuesta basada en principios éticos, solidarios, fraternos y centrados en la dignidad humana¹⁹, no solo en el punto de llegada de los migrantes, sino también en sus lugares de origen, atacando y atajando las causas que originan este fenómeno.

¹⁸ Lucas 10:33-34.

¹⁹ Francisco, papa. (2016a). *Discurso del santo padre en su visita a Lesbos (Grecia)*. Campo de refugiados de Moria (Lesbos), 16 de abril de 2016. Disponible en: https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/april/documents/papa-francesco_20160416_lesvos-rifugiati.html (Fecha de consulta: 14 de abril de 2015).

En definitiva, Bergoglio reclamó insistentemente que Europa redescubriera, también en este ámbito, su alma y que no apartara su mirada de la preservación de la dignidad de toda persona humana. Sus palabras no pudieron ser más expresivas, aunque, muy a su pesar, no fueron tan escuchadas ni tan atendidas como él había pretendido.

4. EUROPA MÁS ALLÁ DE LA VISIÓN TECNOCRÁTICA Y ECONOMICISTA

La segunda década del siglo XXI fue ante todo un periodo que puede ser calificado en todos los sentidos como de crisis permanente para Europa.

El decenio 2010-2019 comenzó con los rescoldos aún candentes de la crisis económica y financiera de 2008; continuó con otras dos crisis gestadas a fuego lento (la ya mencionada de los refugiados y la existencial desatada en 2016 con el inicio del proceso de salida del Reino Unido de la Unión) y concluyó con otra más, la sanitaria, causada por el nuevo virus COVID-19. Estos cuatro momentos supusieron un punto de inflexión para un Continente ya más que acostumbrado a tener que afrontar los constantes embates a los que la historia le somete periódicamente.

Más allá de la resignación y del abatimiento lógicos en tiempos convulsos, Francisco invitó siempre a Europa a que mirara a aquellos desafíos tan complejos y arduos bajo el prisma de la esperanza, del discernimiento, de la vuelta a la esencialidad del proyecto común y de la conversión de estas dificultades en fuerzas propulsoras de confianza y de unidad. Con estos mimbres estaría en condiciones de poder vencer todos sus miedos y de afrontar el futuro con un optimismo renovado bajo la égida inspiradora de los padres fundadores, aunque antes resultaría vital realizar un ejercicio de catarsis para desprenderse de aquellas tendencias tecnocratizadoras que no hacen más que agudizar la desconfianza de la ciudadanía.

La percepción de Bergoglio era que las cuestiones humanistas y antropológicas clave habían sido desplazadas del eje central del debate político, siendo sustituidas por otras más superfluas de índole economicista, burocrática y tecnicista que podrían ser necesarias, pero que se alejaban de la sensibilidad de la población llevando hasta el punto de

que en no pocos Estados miembros los ciudadanos consideraran, incluso, la membresía al club comunitario como dañina y prescindible.

Paralelamente a todo ello, los grandes problemas estructurales transversales al conjunto de la Unión, como la creación de puestos de empleo dignos, la falta de oportunidades para la juventud o las dificultades para formar una familia que abocan a Europa a un gélido invierno demográfico seguían sin ser abordados con garantías de poder ser resueltos de manera satisfactoria.

Buena parte de la responsabilidad de haber llegado a este punto casi de no retorno habría venido de la mano de la deshumanización y de la exaltación máxima de lo que él denominó en repetidas ocasiones como “la nueva idolatría del dinero”²⁰, esto es, la consagración de un sistema económico basado exclusivamente en la obtención de réditos financieros cada vez más cuantiosos e inmediatos por parte de una oligarquía anestesiada e indiferente ante las necesidades del prójimo.

Así las cosas, ¿cómo sería posible que Europa revirtiera esta tendencia autodestructiva que podría conducirla hacia la propia extinción? Una vez más, el papa apuntaba a la imperiosa necesidad de redescubrir el valor de la dignidad humana con vocación a la trascendencia, pues el desarrollo material no es única y exclusivamente fruto de un mero elenco de técnicas dirigidas a la producción, sino un proceso que, en último término, comprende íntegramente al ser humano en todas las etapas de su existencia, desde el momento mismo de su concepción hasta el instante último previo a su final natural.

El renacimiento de la conciencia en torno a la sacralidad de la persona y de sus derechos implicaría, desde una perspectiva económica, repeler la teoría del descarte que promueve la exclusión de aquellos individuos considerados improductivos (como los menores, los ancianos o aquellos que no encajan dentro de los estándares consumistas) y reemplazarla por una economía inclusiva. Europa no podrá esperar ni lograr un futuro

²⁰ Véase: Francisco, papa. (2013). *Exhortación apostólica “Evangelii Gaudium”*. §§ 55 y 56. Disponible en:

https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html (Fecha de consulta: 11 de abril de 2025).

próspero en este campo si no se aleja de las tendencias utilitaristas, tecnicistas y materialistas. Es por ello por lo que el papa estimaba urgente transitar desde una economía líquida, tendente a favorecer la especulación y la corrupción, hacia una economía social de mercado que asegure la posibilidad de cubrir las necesidades vitales básicas del individuo a través de un trabajo digno mediante el cual pueda desarrollar sus talentos y sus capacidades de la manera más adecuada posible.

Este paradigma económico propuesto por el pontífice a Europa y, por extensión, al resto del mundo atempera los principios básicos del libre mercado con un componente fuertemente humanista anclado en la solidaridad, la fraternidad y la justicia social. Como resultado, se obtendría una suerte de capitalismo ético e inclusivo o, si se quiere, un capitalismo con rostro humano.

En este punto, es conveniente reconocer que Bergoglio no introdujo innovaciones sustancialmente radicales en el magisterio papal. Sus postulados se incardinan plenamente en las enseñanzas petrinas de corte social iniciadas en 1891 con la celeberrima encíclica “*Rerum Novarum*” de León XIII. En ella, se censuraba tanto el capitalismo salvaje como el socialismo lo cual no era óbice para defender simultáneamente la propiedad privada, la justicia social, los derechos de los trabajadores y la intervención estatal en la economía cuando resultara necesaria para proteger a los más débiles²¹.

A este respecto, el pontífice argentino invitó siempre a Europa a que invirtiera en el individuo, en sus talentos y a que favoreciera las cualidades que le son propias y mediante las cuales puede contribuir al bien común. Primeramente, a partir de la familia como célula social básica, procurando una educación integral, completa y transversal que no solo proporcione los conocimientos técnicos más básicos, sino que forme también en valores humanos y humanistas. Seguidamente, prestando atención al ámbito

²¹ Posteriormente los sucesivos pontífices fueron enriqueciendo las enseñanzas sociales de León XIII con nuevas aportaciones. En este sentido, véanse, entre otras, las encíclicas “*Quadragesimo anno*” (1931) de Pío XI; “*Mater et Magistra*” (1961) y “*Pacem in terris*” (1963) de San Juan XXIII; “*Populorum progressio*” (1967) y “*Octogesima adveniens*” (1971) de San Pablo VI; “*Laborem exercens*” (1981), “*Sollicitudo rei socialis*” (1988) y “*Centesimus annus*” (1991) de San Juan Pablo II; “*Caritas in veritate*” (2009) de Benedicto XVI, y “*Laudato si*” (2015) y “*Fratelli tutti*” (2020) de Francisco.

laboral, de modo que el empleo, cualquiera que este sea, sea digno y ofrezca unas condiciones mínimas adecuadas tanto para el pleno desarrollo profesional (desligado de la mera percepción humana como simple componente del engranaje productivo) como para proporcionar los medios suficientes que permitan formar una familia, sostenerla de manera adecuada y ofrecer oportunidades de futuro a las generaciones venideras. En otras palabras, el trabajo precisaría de ser adjetivado como “digno, libre, creativo, participativo y solidario”²². En tercer y último lugar, garantizando su bienestar, especialmente en aquellos momentos de la propia existencia vital en los que el individuo ya no es capaz de mantenerse por sí solo o de valerse con autonomía plena.

En definitiva, la propuesta económica de Francisco ante una Europa dominada por el consumismo exacerbado, el materialismo deshumanizado y la obtención de réditos infames podría sintetizarse en cinco puntos: 1) una economía al servicio de la persona y del bien común; 2) una economía solidaria protectora de los más vulnerables de ser devorados por la crudeza del mercado; 3) una economía respetuosa con el principio de subsidiariedad, tan presente en el entramado comunitario; 4) una economía socialmente justa que combatiese la exclusión y la inequidad, y 5) una economía armoniosa con el respeto del medioambiente.

5. EUROPA COMO FARO PARA SÍ MISMA Y PARA EL MUNDO

En el pensamiento bergogliano Europa no debería preocuparse únicamente por resolver sus desafíos internos, sino también por abrirse nuevamente al mundo en la medida en que su misión, tanto histórica como moral, desbordaría sus propias fronteras.

El mundo estaría esperando una Europa que volviera a erigirse como un referente robusto de emprendimiento y de dinamismo, aunque, para ello, tendría que redescubrir su identidad, sus principios y sus valores, en definitiva, su alma solidaria y humanista, transfundiendo altas dosis de memoria desde el pasado hasta el presente. Solo así podría construir un futuro esperanzador.

²² Francisco, papa. (2016b). *Op. cit.*

Una Europa más solidaria acrecentada en la idea de unidad, de saberse conformadora de un solo cuerpo, sería el mejor antídoto que podría dispensarse a la Unión, precisamente cuando los vientos centrífugos y populistas soplan con mayor virulencia y amenazan con hacer zozobrar el proyecto europeo. Conforme reflexionaba el pontífice en su discurso a los líderes europeos reunidos en la capital italiana con ocasión de las celebraciones por el sexagésimo aniversario del Tratado de Roma, el Continente parecía estar más centrado en la consecución de intereses mundanos cortoplacistas dominados por la generalización del egoísmo y de su estrechez de ideas que en revitalizar los grandes ideales antropológicos sobre los que se ha construido a lo largo de su historia bimilenaria.

Esta Unión dominada por una uniformidad gris representada, según el papa Francisco, por el “triumfo de los particularismos”²³ debería retornar urgentemente a la solidaridad de hecho y a la generosidad concreta delineadas por Robert Schuman en su célebre declaración del 9 de mayo de 1950.

De este modo, Europa estaría en una posición de salida privilegiada para encarnar un nuevo humanismo que le posibilite volver a desempeñar un rol determinante y de primer orden a nivel global, lo cual guardaría íntimamente relación con el desarrollo de tres capacidades concretas: la de integrar, la de dialogar y la de generar.

Primeramente, no solo se trataría, como ya se ha mencionado, de que Europa conjugue su pasado con su presente o al foráneo con el autóctono, sino de una integración maximalista, alejada de reduccionismos y de tendencias uniformantes, capaz de abrazar plenamente la pluralidad subyacente al conjunto de la ciudadanía europea.

En segundo lugar, dialogar desde la transversalidad implicaría armar una paz que fuera duradera y estuviera asentada sobre cimientos sólidos.

²³ Francisco, papa. (2017). *Discurso a los jefes de Estado y de gobierno de la Unión Europea presentes en Italia para la celebración del 60 aniversario del Tratado de Roma*. Ciudad del Vaticano, 24 de marzo de 2017. Disponible en: https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2017/march/documents/papa-francesco_20170324_capi-unione-europea.html (Fecha de consulta: 15 de abril de 2025).

Solo de este modo, el encuentro y la búsqueda de consensos entre las sociedades europeas, las diferentes generaciones, los agentes sociales o las instituciones, entre otros, podría representar verdaderamente el interés y el bienestar comunes a los que debe tender toda comunidad política.

Por último, resultaría vital desarrollar la capacidad de generar para abordar los problemas acuciantes con altura de miras y con perspectivas a largo plazo a fin de poder construir un futuro de esperanza. Ello supondría ofrecer un impulso a las nuevas generaciones de europeos con la ilusión y el empuje que le son propios en ese estadio vital. Una savia nueva que, sin duda, dotaría al Viejo Continente de un nuevo dinamismo desde la fidelidad al espíritu humanista innato del proyecto europeo.

Junto a la revitalización de Europa, a la luz de los postulados de los padres fundadores y con la dignidad humana como punto básico de referencia, la cuestión ecológica emerge entre las numerosas potencialidades que el Continente está llamado a desarrollar en los diferentes campos del saber²⁴, amén de la construcción de la paz, la regulación de los mercados financieros y la promoción de la cultura del encuentro, erigiéndose, de paso, como un referente para el resto de la comunidad internacional en lugar de configurarse como una potencia residual en repliegue.

Desde una vertiente *ad extra* el redescubrimiento de su propia esencia aparecería como una premisa básica si Europa desea mantener relaciones de vecindad fecundas, tanto a la hora de acometer las próximas ampliaciones como con el objetivo de asegurar una coexistencia fructífera con la ribera sur del Mediterráneo.

En cuanto a la ampliación de los Veintisiete, Francisco se mostró abiertamente a favor de la incorporación de nuevos Estados miembros, en especial de aquellos ubicados geográficamente en los Balcanes para quienes “el ingreso en la Unión Europea puede responder al ideal de paz”²⁵

²⁴ El compromiso de la Unión Europea por el cuidado y la preservación del medioambiente encuentra un vínculo especial con el magisterio de Francisco, en especial con su encíclica “*Fratelli tutti*” sobre el cuidado de la casa común.

²⁵ Francisco, papa. (2014a). *Op. cit.*

en una región aún sacudida por los estragos de los nacionalismos extremos, del odio étnico y de los conflictos bélicos.

En lo concerniente al diálogo euro-mediterráneo, el papa juzgaba de vital importancia que Europa, desde su propia identidad, apoyase sinceramente a los países del norte de África de modo que pudieran resolver de manera efectiva y autónoma las amenazas a su seguridad, entre ellas y muy particularmente: los conflictos internos, la presión migratoria, las redes de tráfico de seres humanos y sustancias estupefacientes, el fundamentalismo de corte religioso y el terrorismo internacional.

En un plano más universal, Francisco llamó a Europa a globalizar su multipolaridad de modo inusitado. Una tarea que comportaría el desafío de apostar por una armonización constructiva y alejada de cualquier tendencia hegemónica que, si bien en un primer momento podría parecer facilitadora de esta empresa, a la larga, no haría más que cercenar la originalidad de los pueblos y de las naciones. Como ya se ha expuesto, una globalización no esférica, sino poliédrica en la que todos estarían interconectados entre sí, pero preservando sus propias particularidades.

Esta Europa que Francisco soñó y que propuso desde la legitimidad que le conferían tanto su proveniencia geográfica como su bagaje en las periferias existenciales del ser humano, más que guardiana de estructuras caducas, era una Europa generadora de procesos, inspirada en los principios de subsidiariedad, de solidaridad, de justicia social, de respeto a los derechos humanos y promotora de un desarrollo integral. Con estos instrumentos consideró que Europa podría irradiar modelos alternativos a la lógica de la dominación, de la fragmentación o de la exclusión y estar en condiciones de poder proporcionar al mundo una alternativa humanista de civilización frente a las tendencias que favorecen la acumulación de bienes y de riquezas, la tecnificación, la cultura del descarte o la exclusión.

Sin embargo, Europa no podrá iluminar a otros ni proyectarse hacia el exterior de forma coherente, creíble y fértil si antes no es capaz de reconciliarse y sanar sus propias heridas. En ellas se incluyen, entre otras: la desafección de la ciudadanía respecto de sus instituciones, el envejecimiento demográfico, la desigualdad, el racismo o los nacionalismos centrífugos excluyentes.

6. SÍNTESIS

Una vez expuesta la perspectiva del papa Francisco respecto a los grandes bloques en torno a los cuales es posible entender mejor su concepción y propuesta para Europa, se está en condiciones óptimas de poder ofrecer un decálogo a modo de síntesis con los puntos centrales de su propuesta europeísta.

El primero y primordial es la construcción de Europa como proyecto de paz y unidad, nacido con el noble fin de superar los conflictos que asolaron el Continente en el pasado. Su clamor a las generaciones actuales de europeos se centró en un llamamiento a la responsabilidad para custodiar, proteger y defender esta herencia de unidad vertebrada sobre la reconciliación, la fraternidad y el diálogo.

Segundo, la defensa de la dignidad inalienable de la persona humana en estrecha conexión con su vocación a la trascendencia que debe situarla en el centro de todo modelo social y antropológico, sin atender a criterios individuales tales como su proveniencia geográfica, su condición social o sus creencias.

Tercero, en estrecha vinculación con el punto anterior, un fuerte compromiso con los derechos humanos que haga nuevamente de Europa un referente universal ético y moral en pro de la libertad religiosa y de conciencia, de la igualdad, de la justicia social y de la protección de los más vulnerables frente a la cultura del descarte.

Cuarto, la superación de las tendencias individualistas, tecnocráticas y utilitaristas de una economía líquida, que reduce a los seres humanos a meros instrumentos productivos, y la transición hacia una economía social de mercado.

Quinto, solidaridad y hospitalidad para con los migrantes y los refugiados que ven en Europa un lugar de acogida, protección y oportunidades. Para ello, insistió en que no se levantasen muros ni se cerrasen fronteras, sino que se respondiese con humanidad a estos fenómenos, atendiendo a la dignidad de cada ser humano por encima de cualquier otra consideración.

Sexto, frente a las dinámicas promotoras del aislacionismo que acarrearán la fragmentación de los vínculos sociales, defendió a ultranza tanto la familia, constituida en elemento fundamental de la sociedad, como los nexos comunitarios que vinculan a todos los individuos.

Séptimo, conversión ecológica y preservación de la creación como un bien recibido de manera gratuita y del que no se es propietario absoluto abstraído de cualquier consideración respecto al tiempo y al espacio, sino protector temporal responsable de legarlo como el patrimonio más valioso a las generaciones futuras.

Octavo, redescubrimiento y revalorización de las raíces filosóficas, culturales y espirituales que ligan a Europa con la Grecia clásica, con la Roma antigua y con el cristianismo. El papa argentino instó a los europeos a no renegar de esta rica herencia con la cual poder dialogar más fecundamente con otras civilizaciones sin caer en imposiciones culturales que no solo resultan estériles, sino que conducen a extremos radicalmente antagónicos.

Noveno, promoción de una educación integral, asentada sobre valores y principios, que huya de un carácter exclusivamente tecnicista y que provea a las personas de la capacidad de dialogar, de mostrar empatía y de buscar el bien común.

Por último, apertura hacia el futuro. Francisco animó a Europa a no encerrarse en la nostalgia estéril de su pasado ni en el miedo al otro, sino a abrirse al mundo con un espíritu rejuvenecido, esperanzador y creativo.

CONCLUSIÓN

En todo momento Francisco ofreció un discurso nítido y rotundo acerca de su visión de Europa como proyecto político, social y moral.

Por ello, no puede negarse la admiración del papa Bergoglio hacia la unidad continental, impulsada por los abundantes frutos que ha aportado desde sus orígenes, ni tampoco su optimismo, ciertamente ilusionante, acerca del rol internacional que la Unión Europea podría llegar a jugar en

un futuro bien de manera unilateral o a través de su participación en los foros multilaterales de gobernanza global.

En continuidad con el magisterio de sus más inmediatos predecesores en la cátedra de Pedro, sus palabras a lo largo de sus doce años de pontificado delimitaron una hoja de ruta clara para un Viejo Continente que, lejos de estar condenado a la más absoluta irrelevancia, aún podría encontrar esperanza en el horizonte y soñar con un nuevo renacer.

Dicho esto, en honor a la verdad, es necesario poner de manifiesto que el suyo no era un europeísmo ciego y autocomplaciente. Su determinación por Europa solo puede entenderse, por un lado, desde una síntesis crítica a los postulados utilitaristas, economicistas y tecnicistas que habían aflorado en los años precedentes hasta desligar su acción vertebradora de la crucial centralidad del individuo y, por otro, desde el convencimiento de que el Continente aún podría recuperar el dinamismo perdido si volviese su mirada y se mantuviera fiel a los ideales de corte humano y humanista que le inspiraron en sus inicios.

En todo caso, la Unión Europea no debería quedarse en la superficialidad de las cuestiones internas, sino osarse a ir más allá y decidirse por asumir responsablemente un protagonismo como referente para sí misma y para el mundo en cuestiones tan trascendentales como la dignidad humana, los derechos que le son inherentes, la justicia social, la paz y el cuidado de la casa común.

En definitiva, un europeísmo de acción centrado primordialmente en la promoción de la sacralidad del individuo y de sus valores inalienables por encima de cualquier otra consideración.

BIBLIOGRAFÍA

- ACNUR. (2015). *Un millón de refugiados e inmigrantes huye hacia Europa en 2015*. Comunicado de prensa. 22 de diciembre de 2015. Disponible en: <https://www.acnur.org/es-es/noticias/comunicados-de-prensa/un-millon-de-refugiados-e-inmigrantes-huye-hacia-europa-en-2015>

Benedicto XVI, papa. (2006). *Discurso a los participantes en una jornadas de estudio sobre Europa organizadas por el Partido Popular Europeo*. 30 de marzo de 2006. Disponible en:

https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2006/march/documents/hf_ben-xvi_spe_20060330_eu-parliamentarians.html

Francisco, papa. (2013a). *Homilía del santo padre en el campo de deportes “Arena”*. Lampedusa, 8 de julio de 2013. Disponible en:

https://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2013/documents/papa-francesco_20130708_omelia-lampedusa.html

Francisco, papa. (2013b). *Exhortación apostólica “Evangelii Gaudium”*. Roma, 24 de noviembre de 2013. Disponible en:

https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html

Francisco, papa. (2014a). *Discurso del santo padre Francisco al Parlamento Europeo*. Estrasburgo, 25 de noviembre de 2014. Disponible en:

https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2014/november/documents/papa-francesco_20141125_strasburgo-parlamento-europeo.html

Francisco, papa. (2014b). *Discurso del santo padre al Consejo de Europa*. Estrasburgo, 25 de noviembre de 2014. Disponible en:

https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2014/november/documents/papa-francesco_20141125_strasburgo-consiglio-europa.html

Francisco, papa. (2016a). *Discurso del santo padre en su visita a Lesbos (Grecia)*. Campo de refugiados de Moria (Lesbos), 16 de abril de 2016. Disponible en:

https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/april/documents/papa-francesco_20160416_lesvos-rifugiati.html

Francisco, papa. (2016b). *Discurso del santo padre durante la entrega del Premio Carlomagno*. Ciudad del Vaticano, 6 de mayo de 2016. Disponible en:

https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/may/documents/papa-francesco_20160506_premio-carlo-magno.html

Francisco, papa. (2017). *Discurso a los jefes de Estado y de gobierno de la Unión Europea presentes en Italia para la celebración del 60 aniversario del Tratado de Roma*. Ciudad del Vaticano, 24 de marzo de 2017. Disponible en:

https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2017/march/documents/papa-francesco_20170324_capi-unione-europea.html

Francisco, papa. (2023). *Entrevista de Jorge Fontevicchia al papa Francisco con ocasión de sus diez años de pontificado*. Diario Perfil. Disponible en:

<https://www.perfil.com/noticias/actualidad/fontevicchia-con-el-papa-un-dialogo-imperdible-en-capitulos.phtml>

Francisco, papa. (2024). *Discurso pronunciado en el encuentro con las autoridades y con la sociedad civil*. Castillo de Laeken, 27 de septiembre de 2024. Disponible en:

<https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2024/september/documents/20240927-belgio-autorita.html>

Juan Pablo II, papa. (1988a). *Discurso a los miembros del Parlamento Europeo*. Estrasburgo, 11 de octubre de 1988. Disponible en:

https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1988/october/documents/hf_jp-ii_spe_19881011_european-parliament.html

Juan Pablo II, papa. (1998b). *Carta encíclica “Fides et Ratio”*. Roma, 14 de septiembre de 1998. Disponible en:

https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_14091998_fides-et-ratio.html

Pablo VI, papa. (1965). *Discurso ante la Organización de las Naciones Unidas*. Nueva York, 4 de octubre de 1965. Disponible en:

https://www.vatican.va/content/paul-vi/es/speeches/1965/documents/hf_p-vi_spe_19651004_united-nations.html

Rodrigo De Castro, Luis. (2025). “El líder global que reavivó la diplomacia de la paz”. *La Razón*, 22 de abril de 2025, pp. 42-43. Disponible en:

https://www.larazon.es/sociedad/lider-global-que-reavivo-diplomacia-paz_20250421680614cf160aba000151d9b6.html

Sagrada Biblia. (s.f.). Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española. Editorial BAC. Disponible en:

<https://www.conferenciaepiscopal.es/biblia/>

Schuman, Robert. (1950). *Declaración de Schuman*. París, 9 de mayo de 1950. Disponible en:

https://european-union.europa.eu/principles-countries-history/history-eu/1945-59/schuman-declaration-may-1950_es

Vargas Llosa, Mario. (2004). “Una idea de Europa”. En G. Steiner, *La idea de Europa*. Ediciones Siruela. pp. 9-17.